

ALUMBRAMIENTO DE LA VIRGEN

DIA TRECE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Consurge, filia Sion, lauda in nocte, in principio vigiliarum.

Thren., II, 19.

Dominus dixit ad me: Filius meus es tu: ego hodie genui te.

Psal., II, 7.

Tanquam sponsus Dominus procedens de thalamo suo.

Psal., VIII, 6.

Speciosus forma præ filiis hominum, diffusa est gratia in labiis tuis.

Psal., XLIV, 3.

Per viscera misericordiæ Dei nostri visitavit nos oriens ex alto; illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent.

Luc., I, 78.

Populus qui ambulabant in tenebris vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbræ mortis, lux orta est eis.

Isa., IX, 2.

Consolamini, consolamini, popule meus, dicit Deus vester. Loquimini ad eor Jerusalem; et advocate eam..... quoniam dimissa est iniquitas illius. Vox clamantis in deserto: Parate viam domini, rectas facite in solitudine semitas Dei nostri. Omnis vallis exaltabitur, et omnis mons et collis humiliabitur; et erunt prava in directa, et aspera in vias planas.

Isa., XL, 1-4.

Sciet populus meus nomen meum in die illa; quia ego ipse qui loquebar, ecce adsum.

I. a., LII, 6.

Egressus est in salutem populi tui, Domine, in salutem cum Christo tuo.

Habac., III, 13.

Deus in terris visus est et cum hominibus conservatus est.

Baruch., III, 38.

Dixit Dominus: Populus meus est; et factus est Salvator. In dilectione sua, ipse redemit eos.

Isa., LXIII, 8-9.

Lætentur cœli et exaltet terra, a facie Domini, quoniam venit.

Psal., XCVI.

Deus rex noster ante sæcula, operatus est salutem in medio terræ.

Psal., LXXIII, 12.

Et peperit filium suum primogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in præsepio, quia non erat eis locus in diversorio.

Luc., II, 7.

Et pastores erant in regione eadem vigilantes et custodientes vigilias super gregem suum. Et ecce angelus Domini stetit juxta illos, et claritas Dei circumfulsit illos, et timuerunt timore magno. Et dixit illis angelus: Nolite timere, ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum quod erit omni populo quia natus est vobis hodie Salvator qui est Christus Dominus in civitate David et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.

Ibid., 8-12.

Et subito facta est cum angelo multitudo militiæ cœlestis laudantium Deum et dicentium: gloria in altissimis Deo, et in terra, pax hominibus bonæ voluntatis..... Et venerunt festinantes et invenerunt Mariam et Joseph et infantem positum in præsepio.

Ibid., 13 y 16.

ARTÍCULO II LOS PADRES

Llegó el momento sagrado, el momento precioso, el momento solemne y bendito sobre todos los instantes; llegó la hora señalada por la eternidad en el decreto divino. La noche había recorrido la mitad de su carrera, cuando se cambió repentinamente el rostro de la Virgen. Brillaron sus ojos, y su semblante blanco siempre se puso nacarado como el carmín del cielo. Ofrecía el color que resulta de una mezcla de lirios y de rosas. Vióse que el espíritu de Dios se apoderaba de ella y sentía su alma desconocidos trasportes. Inundóse su corazón de delicias, y su cuerpo débil parecía próximo á sucumbir bajo la fuerza y el peso de los trasportes de alegría que embargaban su alma. (*S. Th. Valentín*).

II. ¡Oh Virgen bendita! ¿Son esos los dolores de vuestro alumbramiento? ¿Son esas las intolerables angustias de esos momentos? ¿Son esas las convulsiones que pasan las mujeres que se hallan en esa situación? Comprendió nuestra amorosa Madre por ciertas señales que se acercaba el momento solemne, y llena del Espíritu de Dios y encendida en amor, levantando al cielo los ojos y las manos, y puesta de rodillas, se consagró á Dios y esperó que su voluntad se cumpliera. (*Id. Ibid.*)

III. San José estaba allí, admirado de lo que veía y entregado al espíritu de oración. Esperaba el término de un acontecimiento que le parecía extraordinario, cuando vió repentinamente acostado en el desnudo suelo á un

niño que se quejaba tiernamente. Este niño era el Todopoderoso, niño admirable en quien residen los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. Pequeñuelo es, y lleva consigo, sin embargo, la inmensidad de Dios. (*Id. Ibid.*)

IV. Así como la aurora cuando brota de su seno el dorado sol; así como el rayo de luz que penetra el límpido cristal sin mancharlo; así como una estrella que nos manda su vívida luz y esparce una rosa sus suaves perfumes en un día de primavera, así dió á luz María al Salvador. Hecha madre, adora al que acaba de parir y al que llama su Hijo, y le tributa homenaje como á su Dios, antes de prodigarle como madre sus primeros cuidados. (*Id. Ibid.*)

V. ¿Quién nos dirá lo que pasó en tu alma, oh Virgen purísima? ¿Quién podrá explicarnos los goces de tu corazón cuando Virgen y Madre á un tiempo mismo, fijaste por primera vez tus ojos en tu Criador y tu Dios, concentrado en tí misma cuánta dicha puede dar la maternidad sin menoscabar el brillo de la virginidad? ¡Oh prodigioso alumbramiento digno de un Dios!

VI. Cuando se nos dice que el Verbo se hizo carne, es como si se nos dijera que tomó un cuerpo como el nuestro y que revistiéndose de nuestra carne, salió del seno de María sin perder por su nacimiento su divinidad; porque al tomar nuestra naturaleza permaneció lo que era antes. Este es un punto de fe de la Iglesia universal, es la doctrina de los santos padres, que por esto no se avergüenzan de darle el nombre de Madre de Dios. Sería, pues, un error creer que la naturaleza del Verbo y su divinidad tuvieron el principio de su existencia en el seno de María. Lo que comenzó á existir en este seno virginal, fué el sagrado cuerpo de Jesús dotado de un alma inteligente, al cual se unió de una manera hipostática el Verbo de Dios. En este sentido decimos que el Hijo de Dios es el Hijo María según la carne. (*Cyrill. Alexandrin. Concil. Ephes. c. IX*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

María fué declarada en el pesebre;

Reina de los ángeles.

Madre de los pobres.

I. Reina de los ángeles.

Los primeros adoradores de Jesús fueron los ángeles. Instruídos por el Padre del anonadamiento de su Hijo, dejaron los cielos para ir al establo de Belén. ¿Cómo no pudo ver Lucifer este espectáculo? ¿Hubiera pensado jamás en hacerse semejante al Altísimo si hubiese podido hacerse semejante al hombre y débil como él?

Pero mientras los ángeles rendían á su Dios los homenajes que le eran debidos, una mirada del Niño Jesús les indicó que debían llenar otro deber. Había en el establo una madre, y enseñándola el Niño á sus adoradores, les invitaba á saludarla también y pagarla el tributo de su veneración. Por lo mismo el primer predicador de los gloriosos privilegios concedidos á María fué su divino Hijo.

Los ángeles se prosternaron, pues, á los pies de María, la reunieron con Jesús en su corazón y le dirigieron estas palabras proféticas que se habían pronunciado mucho tiempo antes: *Dominare nostri tu et Filius tuus.*

II. Madre de los pobres.

Los pastores fueron los primeros llamados, antes que los reyes, á adorar al Dios recién nacido, y doblando la rodilla delante del Niño Dios, ofrecieron el más bello espectáculo de este misterio. María les recibió y ella fué la que les presentó á Jesús. Entonces comenzó su hermosa misión de mediadora que debió proseguir durante toda su vida y hasta el último día del mundo. Vuelve

también á nosotros tus ojos llenos de misericordia, oh María, y después de este destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Oye y abre bien tus oídos, Joviniano, y entra en tí mismo, insensato. Confiesa tus sentimientos y locura, é instrúyete en la verdad pura, tú que estás dominado por la mentira. No quiero que digas que la pureza de María fué manchada por su alumbramiento. No quiero que digas que su virginidad fué menoscabada por su alumbramiento; no quiero que pretendas que al nacer el Niño Dios desapareció la virginidad de María. No permitiré que prives á la Santísima Virgen de su título de madre, ni que despojes á la madre de su título de virgen. Si confundes una de estas cosas, las confundes entrambas. Si niegas la concordancia de estos dos privilegios, te despojas del conocimiento de la verdad. Si hallas que no están en armonía es porque no estás en armonía contigo mismo. Si desnudas á la Virgen de su integridad ó de su maternidad, te llenas de vergüenza y haces á Dios el mayor ultraje que haya recibido jamás, porque niegas que Dios haya podido conservar sin mancha á aquella en quien ha podido nacer sin detrimento de su virginidad. Desde el momento en que niegues que Dios ha podido dejar sin mancha á la que halló virgen en el momento de su concepción, negarás á Dios la facultad de hacer lo que quiera. Círrase la boca que se atreva á pronunciar semejantes palabras. Deje de latir el corazón que se proponga meditar injurias semejantes. Péguese al paladar la lengua que se proponga pronunciarlas, y niéguese á pronunciarlas la boca en que se mueve. Porque es cierto que la divina Madre era virgen de hombre, virgen según el oráculo del ángel, virgen según el juicio del esposo, virgen antes del matrimonio, virgen durante su unión con el justo José, virgen libre de toda sospecha antes de la concepción de su divino Hijo, virgen al nacer Jesús y virgen después de su nacimiento. Fecundada por el Verbo, llena del Verbo y hecha digna de concebir por el Verbo, el nacimiento fué sin mancha, sin alteración ni corrupción; pura, casta y verdaderamente inmaculada. ¿De qué manera se efectuó? Por operación divina, por donación divina y por intervención divina.—(*San Ildefonso, Tratado de la perpetua virginidad de la Madre de Dios, cap. 1.*)

II. El que ha nacido hoy de una manera inefable ha nacido de una virgen, por amor mío y de una manera inexplicable y maravillosa. Nació del Padre antes de los siglos, conforme á las leyes de la naturaleza, y el que le ha engendrado lo sabe. Hoy ha nacido fuera de las leyes de la natura-

Jeza, y la gracia del Espíritu Santo ha sido testigo de ello. Su generación celeste es legítima, y no lo es menos su generación terrestre. Es verdaderamente el Dios engendrado por Dios, y es verdadero hombre nacido de una virgen. En el cielo es el Hijo único de uno solo; en la tierra es el único Hijo de una virgen sola.

¿Qué diré y cómo me expresaré? Veo á una madre que da á luz, y veo un hijo recién nacido, pero ignoro cómo se efectúa esta generación. Cuando quiere Dios, la naturaleza queda vencida. Nació de una virgen que ignora lo relativo á la generación, que no ha tenido participio en lo que se ha realizado ni ha contribuido en lo hecho, y es un simple instrumento del poder inefable; sólo sabe lo que le ha sido dicho por Gabriel, á quien preguntó: "¿Cómo podrá ser esto si no he conocido varón?" A lo que el ángel contestó: ¿Quiéres saberlo? El Espíritu Santo descenderá hasta tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. ¿Cómo estuvo el Señor con ella y nació poco después de ella? Así como un artesano que al hallar una materia hermosa y perfectamente dispuesta, fabrica un vaso precioso, así también el Cristo, hallando el cuerpo santo y el alma de la Virgen, se construyó un templo animado, formó en su seno al hombre tal como lo resolvió, le revistió de la naturaleza humana, y se nos manifiesta hoy sin sonrojarse de la deformidad de nuestra naturaleza.

¿Qué diré y cómo me expresaré? "Este misterio me llena de admiración." "He aquí que una Virgen concebirá." (Isaí, VII., 14). Ya no se trata de una cosa que ha de suceder, sino que admiramos lo que se ha realizado ya. Hoy nace de una virgen que triunfa de la naturaleza y lleva la victoria sobre el matrimonio. Convenía al dispensador de la santidad nacer de un embarazo puro y santo. El es aquel que en otro tiempo formó á Adán de una tierra virgen, y sacó después á la mujer de Adán sin necesitar de una madre. Así como sin haber tenido madre dió nacimiento á la mujer, del mismo modo da á luz la Virgen á un hombre sin concurso del hombre. Y así como antes el sexo de la mujer era deudor al hombre, porque Adán dió nacimiento á la mujer sin participio de mujer, así paga hoy la Virgen al hombre la deuda contraída por Eva, puesto que concibe sin concurso de varón. Para que no se enorgullezca Adán de haber producido á la mujer sin concurso de mujer, la Virgen engendró un hombre sin concurso de hombre, de lo que resulta la igualdad en las maravillas obradas.—*San Juan Crisóstomo, Tom., in Nat. Dom.*)

III. El que no pueden contener los cielos estaba encerrado en el seno de una mujer. Esta mujer gobernaba á nuestro rey y daba de mamar al autor de la vida, al que vino para ser el pan de nuestras almas. Anonadamiento prodigioso en el que se ocultó la divinidad. La madre á quien se sometió la infancia de Jesucristo se veía dirigida por el poder de un hijo que nutría con la verdad á la misma que le nutría con la leche de su seno. Díguese acabar de derramar sobre nosotros sus bienes el que no se ha desdenado de cargar con las miserias de nuestra naturaleza; y el que por amor nuestro se ha dignado hacerse Hijo del hombre, díguese ahora hacernos verdaderos hijos de Dios.—(*San Agustín, sermón I., in Nat. Dom.*)

IV. Celebremos con gozo el día en que María concibió al Salvador, en que la esposa dió á luz al autor del matrimonio, en que la Virgen vino á ser la madre del príncipe de las vírgenes, ella que, aunque unida con un hombre, permaneció virgen antes del matrimonio, virgen en el matrimonio, en el parto y después del parto. Porque el Hijo Todopoderoso no alteró en nada la virginidad de la madre que escogió antes de venir al mundo.—(*Id. Serm. V. in Nat. Dom.*)

V. Allí fué en la caverna construida en la dura piedra, como lo había predicho Isaías, y en el momento en que la aparición de la misteriosa constelación de la Virgen marcaba la media noche, cuando el *halma* de la gran profecía del Mesías, en medio del silencio solemne de la naturaleza cubierta por una nube luminosa, dió á luz á *Aquel* que Dios mismo había criado antes que las colinas, y cuya generación venía de la eternidad. Apareció de repente como rayo del sol que se desprende del seno de la noche á los ojos de su pura y joven madre, viniendo á tomar posesión del trono de su pobreza, mientras que todos los ángeles de Dios, arrodillados ante Él, le adoraban bajo su forma humana. Este alumbramiento virginal fué exento de dolores y ningún gemido vino á turbar el sagrado silencio de aquella noche llena de prodigios y misterios. Jesús, concebido milagrosamente, nació todavía más milagrosamente.

Dios preparaba al mundo un espectáculo nuevo y grande cuando hizo nacer un rey pobre. El palacio que le destinó fué un establo abandonado y desierto, asilo propio para el que en el curso de su vida debía decir: "Las raposas tienen su guardia, los pájaros sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde descansar su cabeza." Moisés, proscrito al nacer, tenía al menos una cuna de juncos cuando su hermana, la joven María, le abandonó entre las cañaverales y los lotos sagrados que sumergen sus hojas en el Nilo, al caer la tarde; pero Jesús, que vino al mundo para sufrir y morir, no tuvo siquiera esta magnificencia; fué acostado en un pesebre sobre un montón de paja húmeda, olvidada providencialmente por algún conductor de camellos del Egipto ó de la Siria, que se vió obligado á partir antes del alba. Dios proveyó la cuna de su único hijo, como prevee á los nidos de las aves del cielo.

Era necesario cubrir á este nuevo Adán, cuyos tiernos miembros hubiera devorado el viento helado de la noche, y á quien el pudor debía vestir tanto como la indigencia. María hizo de su velo el lienzo con que ella misma le envolvió con sus castas manos; después el Dios recién nacido fué adorado por los dos santos esposos como en otro tiempo lo había sido por sus padres el antiguo José, el más bello tipo de Jesucristo.

San Basilio, iniciándose en los misterios de fervor y arrobamiento que tenían lugar en el alma de la Virgen, nos la presenta entre el amor de madre y la adoración de la santa. "¿Cómo os deberé llamar? decía, dirigiéndose á su Hijo—Dios, ¿cómo debo nombraros?.....¿Un mortal?.....pero yo os he concebido por obra divina.....¿Un Dios?.....pero tenéis forma humana. ¿Debo acercarme á vos con incienso para ofrecer la leche de mis pechos? ¿Debo prodigaros los cuidados de una madre tierna, ó servirlos como vuestra esclava, con la frente humillada

en el polvo? ¡Oh contraste maravilloso! ¡el cielo es vuestra morada, y os tengo sobre mis rodillas! ¡Estáis en la tierra, y no estáis separado de las regiones celestiales; los cielos están con vos!—(Orsini, *La Virgen*).

VI. ¿Dónde encontraré palabras para expresar el más profundo, el más sublime, el más conmovedor é inconcebible de los misterios, el que es la clave del cristianismo, el nudo del destino de los hombres y la salud descendida visiblemente á la tierra? ¿Qué corazón podrá elevarse, no digo hasta Jesús recién nacido, sino hasta María inclinada sobre el pesebre de nuestro Emanuel? Procuremos, sin embargo, seguir las huellas de los evangelistas; estudiemos lo que ellos han dicho para aprovecharlo y admiremos lo que han callado, porque su silencio no es menos elocuente é instructivo que sus palabras.

Cuando el Espíritu Santo se propone hacer un grande elogio de María, se concreta á llamarla "María, de la cual nació Jesús." En efecto, esto encierra toda su gloria; es el manantial de todas sus prerrogativas, y la causa de todos nuestros homenajes. Examinemos más de cerca el nacimiento de Jesús y la maternidad de María, pero con la sumisión de la fe.

En Belén fué donde tuvo lugar esta escena misteriosa. María y José fueron llamados por el edicto de empadronamiento que publicó César Augusto. Como eran pobres, no hallaron lugar en las posadas de la ciudad donde reinaron sus antepasados. Nadie se compadeció de una mujer delicada y joven que estaba próxima á dar á luz al príncipe de la paz, al deseado de los collados eternos y al esperado de las naciones. En su desventura buscan algún lugar deshabitado para pasar en él la noche. Sólo encontraron un establo solitario en medio de los campos. Allí será donde se digne venir al mundo el soberano de los cielos y de la tierra. ¡Oh noche afortunada! ¡Oh noche fecunda en prodigios, cuánta grandeza encubres bajo tu sombra! A media noche cuando todo yacía en silencio en la ciudad ingrata y en la naturaleza, semejante á un rayo de luz que sin romperlo atraviesa un puro cristal, el Verbo del Altísimo traspasa las barreras que le ponía la naturaleza y deja el seno de María para nacer en el humilde pesebre enclavado en la pared del establo. Sin dolor, porque permaneció virgen, la bienaventurada madre no puede contemplar sin tristeza el estado de pobreza en que se encuentra el Rey de los mundos. Le da de mamar y le adora, le envuelve entre unos miserables pañales, único tesoro de su indigencia y le calienta con sus brazos maternas. ¡Cuán grande fué la prueba á que se puso su fe al contemplar la miseria sin ejemplo de un Dios naciente! ¡Cuántos sufrimientos desgarraron su corazón al verle temblar de frío y derramar entre tiernas quejas sus primeras lágrimas!

Mas, ¡cuál no será la alegría de la madre del Salvador! Después de haber sido por espacio de nueve meses el receptáculo frágil y ligero de la divinidad eterna, acaba de darle una vida mortal. Vedla cómo cuida á su hijo, vedla cómo observa todos sus movimientos con el amor de madre y el pudor de virgen. Se extasia viéndole dormir. Ved con qué amorosa solicitud le entrega su pecho virginal y recibe en cambio sus tiernas caricias. Jamás ha visto el hambre, ni oído, ni comprendido una escena compara-

ble con esta, de la que se hubiera encelado el cielo si no hubiese descendido entero al humilde pesebre, donde se reasume un pasado de cuarenta siglos con todas sus promesas, todos sus oráculos, todas sus figuras y todas sus esperanzas, y el nuevo porvenir que se inaugura ahora, porque el niño Jesús desempeña ya el oficio de víctima, y Dios ha elegido su corazón como un tabernáculo para la reconciliación del mundo. El pesebre de Belén presagia ya la cruz del Calvario.

No es fácil imaginarse la sobre abundancia de pensamientos y sentimientos que en diversos sentidos hacían palpar el corazón de María. Se me figura que la oigo decir al niño Jesús: ¿Qué nombre os daré? ¿Será el de Hijo mío? Pero sois el Hijo del Altísimo, el Verbo eterno, esplendor é imagen substancial del Padre, Criador y Redentor mío. ¿Será el de Dios? Pero sois mi hijo, yo os he concebido en mi seno, os he dado la sangre que corre en mis venas, acabo de daros á luz y os nutro con la leche de mi seno. ¿Debo consideraros como á una simple criatura? Todos los oráculos anuncian que sois Dios, y no recibí el ángel mi consentimiento sino después de habérmelo predicho. ¿Debo regocijarme de vuestro nacimiento cuando os veo llorar de frío y de dolor? Nacisteis como jamás alguno nació, rechazado por todos, albergado en un establo y acostado en el mismo pesebre en que comen los animales. ¿Debo entristecerme? Pero el mundo se alegra y el cielo no se abrirá sino por vos. Los profetas han deseado este día, y yo misma, que lo he ansiado con todo mi corazón, he sentido ya sus dulces frutos. ¡Oh Jesús, oh Hijo mío, hombre y Dios á un tiempo mismo, yo acepto todos los gozos y todos los dolores de la maternidad; me asocio á todos vuestros designios y á todas vuestras obras; disponed de mí que soy vuestra sierva y feliz mil veces! Hágase en mí según tu voluntad.

Diciendo estas y otras palabras parecidas en el fondo de su corazón, daba de mamar á su hijo, le cubría de castos besos y le inundaba con sus lágrimas. Y allí estaba José, participando de todas las emociones de su esposa celeste. ¡Oh Belén, oh establo, oh pesebre, oh Jesús, oh maravilla de las maravillas, quién pudiera comprenderos! Noche grata para ti, oh María, aquella en que diste á luz á tu Dios. Confundido queda mi espíritu: hable siquiera mi corazón.—(Monseñor Pavy, *Obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XIII

MARÍA ES HIJA DE ELECCIÓN DEL PADRE.

Ayer hablamos algo sobre el modo glorioso con que fué reanudado por María el lazo que unía al cielo con la tierra, roto antes por Eva. Esto os instruye acerca de la misión de esta criatura incomparable que vino á ser por este hecho la hija y esposa de Dios Padre, y santuario del Espíritu Santo. Esta noche vamos á hablaros considerándola bajo el primero de estos dos títulos; veremos cómo fué María *elegida* por Dios, y qué fué lo que le valió este privilegio; esto nos instruirá acerca de lo que debemos hacer para merecer la preferencia del Señor.

Desde su primer día se regenera el género humano y perpetúa por la transmisión de una misma sangre, y esto es lo que constituye la cadena de generaciones, cuyos anillos vienen á ser los individuos. Cada uno de nosotros forma parte de ella por esta misma ley necesaria y podríamos decir fatal. La sangre debe trasmitirse de padres á hijos, concebidos para recibirla. A esta obligación deben su nacimiento. María es la única excepción de esta ley. Solo ella no debía existir según el primer orden de la creación. No os admire mi aserción, que es muy fácil de probar. Sin la desobediencia de Adán y de su compañera no hubiéramos perdido nuestro derecho al cielo, la redención hubiera sido inútil y la madre del Redentor no hubiera tenido razón de ser; su vida dependía por completo de la Encarnación del Verbo. Algunos pretenden, como es sabido, que la Encarnación hubiera tenido lugar aun sin el pecado. Para éstos, María debía existir inde-

pendientemente de toda idea de redención. ¿Para qué hemos de contradecirles? No por eso dejaría de ser María la *escogida* de Dios, su hija predilecta, así como el Hombre Dios en ese caso es el objeto de sus acciones, la obra maestra de sus obras. En la hipótesis de la caída, María debía ser sacada del común de los mortales, tomada fuera de los dominios del pecado, y llevar en sus venas una sangre distinta y libre de toda mancha. En la hipótesis contraria el Hijo de Dios debía ser un tipo de perfección y hasta cierto punto la deificación de la humanidad. María tiene su misión especial, la de dar al Verbo la carne con que ha de revestirse. Luego tiene un lugar aparte en la mente de Dios, habita desde la eternidad con el mismo Verbo al que debe dar la vestidura sensible que le permitirá tomar un lugar en el seno de la humanidad. La Iglesia confirma esta doctrina cuando pone en boca de nuestra reina las palabras mismas de la sabiduría eterna: «*Ab initio et ante secula creata sum.*» «Desde la eternidad fuí ordenada y desde antiguo antes que la tierra fuese hecha. Aun no eran los abismos y yo ya era concebida: aun no habían brotado las fuentes de las aguas: aun no se habían sentado los montes sobre su pesada masa: antes que los collados era yo dada á luz.» Los profetas que se ocuparon de ella, hicieron de antemano su retrato cuyos rasgos y perfíles sacaron de las comparaciones más populares y poéticas: «Sois toda hermosa, amiga mía, y nada altera vuestras facciones.» Salomón la vió levantarse semejante á la aurora, bella como la luna y brillante como el sol. La Iglesia compara su blancura con los lirios del valle, su talle elegante con la palma de Cades y el brillo de su semblante con la roca de Jericó. Los artistas cristianos han agotado los recursos de sus pinceles y la riqueza de su cincel para representarnos sus gracias divinas y la dulzura encantadora de su candor virginal. Todos los profetas, todos los doctores y todos los artistas han creído que la es-

cogida del Altísimo, su hija predilecta, debía ser la más hermosa de todas las criaturas.

Sin embargo, tantas gracias y prodigios exteriores no son sino pálidos reflejos de su alma, porque la bondad de la Virgen real es íntima. En nosotros, la gracia cae gota á gota; pero en el jardín del Señor entra en arroyos, le riega con sus aguas fecundas, le hace producir abundantes cosechas. En nosotros, jamás es ese manantial tan fecundo que no pueda ser aumentado; mientras que en María es la plenitud de su virtud y la corona de todas sus aureolas. Virgen, esposa y madre, es reina siempre y en todas partes y nadie puede disputarle su cetro y su grandeza. Tal es la hija del Padre, embellecida como una niña y favorecida con todos los dones de su poder. ¡Cómo podía dejar de bajar el cielo sobre tan preciosa criatura! «Descenderemos en el justo y estableceremos en él nuestra morada.» ¿Y quién fué más justo y perfecto que María? La sabiduría nos dice que nadie: «Muchas hijas de Israel reunieron tesoros; tú las aventajas á todas.» ¿Por qué así? Esto es lo que nos va á explicar el comentador.

La gloria de las heroínas de Israel, dice, no es sino el reflejo de otra luz; no es sino una sombra de la obra maestra que se ha de ver; sombra y no más de la verdad. Débora supo vencer al enemigo de un pueblo y cantar ella misma su victoria; pero María triunfó de los enemigos de todos los pueblos, y todas las generaciones repiten entusiasmadas sus cantos de victoria.

Judith mató al terrible Holofernes y salvó á Betulia; pero María quebrantó al demonio y salvó al humano linaje.

Esther halló gracia á los ojos de un príncipe asiático; pero María fué saludada y llena de gracia por uno de los príncipes de la corte celestial.

¿De dónde le vinieron semejantes privilegios? Creemos que ya es tiempo de que nos lo preguntemos para

que saquemos algún provecho de nuestra propia contestación. Pero es muy fácil darla, tan fácil como hacer la pregunta. Supongo que no habéis echado en olvido el modo de obrar del Criador. Su acción obra siempre sobre la nada, y de la nada se sirve para obrar las cosas más grandiosas. Si se propone destruir un enemigo, le basta con hacer resonar el eco de un metal ó soltar algunas nubes de mosquitos. Si quiere conquistar el universo, le basta con escoger doce ó trece desconocidos destituidos de fuerza, talento y riqueza, y muere dejándoles á ellos el éxito de esta empresa, en la que triunfan. La debilidad tienta la fuerza de Dios; y esta misma debilidad, cuando se confiesa, acaba por ser la gran virtud de la humanidad. Dios deja de resistir; acude donde la ve y obra con ella prodigios sin número. Cuanto más profunda es, más le atrae. ¿Ha habido acaso alguno más humilde que María? ¿No recordáis las palabras que dirigió al ángel mensajero de la Encarnación? «Sierva soy del Señor; hágase en mí según tu palabra.» ¿No es este el heroísmo de la humildad? Se le dice que ella es la de quien han hablado todos los profetas, que va á recibir el derecho de ser la madre del Mesías, que será su servidor y mucho más todavía, puesto que será su hijo, y no se hincha su corazón de orgullo, y ni siquiera se manifiesta admirada. ¡Cuán profunda era su humildad! Tanto lo era que jamás criatura alguna la igualó; si no hubiese sido así hubiera habido más de una madre de Dios. No os diremos, pues, que seáis tan humilde como ella; pero sí os recomiendo que procuréis siquiera imitarla. Cuantos más esfuerzos hagáis por humillaros, más se os acercará Jesús. ¿Qué es, pues, esa humildad? Esta humildad, hermanos míos, no es otra cosa más que el justo conocimiento que tengáis de lo que valéis. ¿Qué valéis según vuestros propios méritos? Si sois hermosas ¿á quién debéis esta hermosura? Si tenéis talento ¿quién os lo dió? ¿Si sois sabios, de dónde sacas-

teis vuestra sabiduría? Si sois ricos ¿quién permite que lo seais? Si os hacéis estas preguntas, deberéis doblar la cabeza, porque aun cuando valieseis cada uno mucho más que los otros, no tendríais el derecho de enorgulleceros, sino que deberíais recordar que la Providencia puede despojaros de todo. ¿Qué somos los mortales al lado de María? Y sin embargo, ella se complace en llamarse y manifestarse sierva del Señor y sierva de sus prójimos. Así fué como mereció atraernos á Dios sobre la tierra y ser llevada á los cielos. No pueden ser los hijos más privilegiados que los padres, y para reinar con ella en el cielo, deben ser como ella humildes en la tierra.—Así SEA.

CIRCUNCISION DEL NIÑO JESUS

DÍA CATORCE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ecce venio, Deus: in capiti libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam; Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis meis.

Psal., XXXIX, 8, 9.

Per inobedientiam unius hominis peccatores, constituti sunt multi, et per unius obediendum iusti constituentur multi; sicut regnavit peccatum in mortem, ita, et gratia regnet per iustitiam in vitam æternam.

Rom., V, 13.

Apparuit Abraham Dominus; et dixit ad eum: Ambula coram me, et esto perfectus; ponam fœdus meum inter me et te, et multiplicabo te vehementer nimis. Cecidit Abraham pronus in faciem, dixitque ei Deus: ego sum, et pactum meum tecum, erisque pater multarum gentium.

Genes., XVII, 1-4.

Dixit iterum Deus Abraham: Et tu ergo custodies pactum meum, et semen tuum post te in generationibus tuis. Hoc est pactum meum quod observabitur inter me et vos, et semem tuum post te: circumcidetur ex vobis omnemasculinum: et circumcidetis carnem præputii vestri, ut sit in signum fœderis inter me et vos.

Ibid., 9-11.